

Introducción

1. No será fácil saber con certeza si el apóstol Pablo escribió o mandó escribir las cartas conocidas como “A los Colosenses” y “A los Efesios” (las citaremos como “Col” y “Ef”). Pero nadie negará que, si a algún otro escrito se parecen estas dos cartas, será siempre a uno que, como ellas, lleva el nombre de Pablo¹. Durante siglos, todas las cartas que llevan este nombre fueron aceptadas sin problemas como obra del apóstol, pues en cada una de ellas encontraban reflejos de las demás².

Pero los vientos de la duda empezaron a levantarse hace más de doscientos años³. Luego ocurrió como cuando un padre empieza a dudar

¹ Hoy día es frecuente, incluso mayoritario, llamarlas “deuteropaulinas”: es el título que G. Krodel (ed.), *The Deutero-Pauline Letters: Ephesians, Colossians, 2 Thessalonians, 1-2 Timothy, Titus*, Mineápolis 1993, da a su comentario. Por su parte, J. A. Ziesler, *Pauline Christianity*, Oxford 1990, sin insistir, pone un punto de reserva: “Either definitely not by him or frequently thought not to be by him [...] represent a second wave of Paulinism”. En cualquier caso, con ello se reconoce que las “protopaulinas” (Rom, 1 Cor, 2 Cor, Gál, Flp, 1 Tes, Flm) son punto de referencia insustituible para su comprensión.

² La única excepción podía ser Marción, en torno al año 150: rechaza las cartas Pastorales (1 Tim, 2 Tim, Tit), pero sigue aceptando como auténticas Ef y Col.

³ Clásicamente se conoce a F. Schleiermacher (*Über den sogenannten Ersten Brief des Paulus an Timotheus*, Berlín 1807) como el primero que puso en duda la autenticidad de alguna carta de Pablo; en concreto, 1 Tim. De todos modos, en 1792, E. Evanston (*The Dissonance of the four generally received evangelists*, citado por H. E. Lona, *Die Eschatologie im Kolosser- und Epheserbrief*, Würzburg 1984, pp. 22 y 30) negaba la autenticidad de Col y Ef, por más que sin consecuencias en el mundo anglosajón.

de la legitimidad de alguno de sus hijos: las dudas se consolidan y se van extendiendo a los demás, precisamente porque todos son parecidos. Después de la Primera a Timoteo, no tardaron en “caer” las otras dos Pastorales (2 Tim y Tit)⁴, y, al poco tiempo, sólo las cuatro grandes cartas (Rom, 1 Cor, 2 Cor, Gál) eran reconocidas como auténticas⁵. De todos modos, a pesar de lo difícil que es recoger los vientos de la duda una vez esparcidos, la comunidad estudiosa ha vuelto a dar como auténticas otras tres cartas (1 Tes, Flp, Flm)⁶, manteniendo sus reservas respecto de las restantes (2 Tes, Ef, Col y las Pastorales: 1 Tim, 2 Tim y Tit).

Por supuesto que si se considera toda la literatura sobre el tema, el “consenso” es muchas veces más aparente que real: diríamos más bien que está aumentando el número de los que aceptan la autenticidad de Col e incluso de Ef (*infra* §§ 178s) o bien las colocan lo más cerca posible del apóstol (*infra* § 177): el antiguo rechazo furioso queda como una reliquia del pasado⁷. Por otra parte, nadie duda de que el tema puede seguir siendo estudiado y que su estudio puede llevarnos a un mejor conocimiento no sólo de los escritos en cuestión, sino también de Pablo, por más que difícilmente nos llevará a una solución definitiva de los problemas de autenticidad⁸.

⁴ Ocurrió en 1812 con J. G. Eichhorn (*Einleitung in das Neue Testament III*, Leipzig 1812).

⁵ La reducción a cuatro auténticas es obra de F. Ch. Baur (*Paulus, der Apostel Jesu Christi*, Stuttgart 1845, pp. 458-475), quien rechaza Col y Ef porque no se enfrentan a los judaizantes, sino que entran en discusiones cristológicas: “Hier aber ist das Hauptmoment der Antithese aus der Soteriologie... schon in die Christologie vorgerückt” (p. 445). Un discípulo suyo, O. Pfleiderer (*Der Paulinismus*, Leipzig 1890), establece mayor distancia entre Ef y Col, colocándolas en capítulos distintos: Col (pp. 377-392) figura como “Der Paulinismus unter dem Einfluss des Hellenismus”; Ef, en cambio (pp. 433-464), como “Der Paulinismus im Übergang zum Katholizismus”. Por otro lado, Pfleiderer devuelve a 1 Tes la consideración de auténtica.

⁶ La aceptación de siete cartas indudables se presenta como definitiva en R. Bultmann, *Theologie des Neuen Testaments*, Tübinga 1968, p. 191 (“Als Quellen für die Theologie des Paulus haben nur die zweifellos echten Briefe zu dienen: Rm, 1. u. 2. Kr, Gl, Phl, 1. Th, Phm”), y puede considerarse unánimemente mantenida.

⁷ La “furia” está representada hoy día por H. Detering, *Der gefälschte Paulus*, Berlín 1995, quien, después de recoger los argumentos más clásicos para rechazar las Pastorales (pp. 42-48), Ef-Col (pp. 49-51) y 2 Tes (pp. 51-54), entiende que con argumentos semejantes se pueden rechazar todas las cartas paulinas y las de los antiguos Padres que citan a Pablo (Clemente, Ignacio y Policarpo: pp. 55-102).

⁸ Baste ver la cantidad de literatura reciente que recogemos *infra* §§ 176-179. Amplían la bibliografía W. W. Klein, *The Book of Ephesians: An annotated bi-*

Nuestro planteamiento

2. Después de haber dedicado alguna reflexión a las cartas indudables de Pablo⁹, quisiéramos dirigirla ahora a las cartas a los Efesios y a los Colosenses, para comprenderlas mejor como obra de uno o dos autores por lo menos cercano(s) a Pablo, que escribe(n) a partir de tradiciones que conocemos por distintos libros del Nuevo Testamento, aunque no lleguemos a saber con certeza si esos escritos proceden del mismo Pablo de las grandes Cartas.

En nuestro trabajo presuponemos:

- La autenticidad, hoy día no puesta en duda, de, por lo menos, siete cartas paulinas: Rom, 1 Cor, 2 Cor, Gál, Flp, 1 Tes, Flm (a las que, en el curso del trabajo, nos referiremos como a “Pablo”, sin presuponer con ello la inautenticidad de otras cartas).
- La posibilidad (en algunos casos, certeza) de que las siete cartas mencionadas influyeran, como fuentes o como material conocido, en la composición de Ef y Col¹⁰.

bibliography, Nueva York 1996; W. E. Mills, *Ephesians*, Lewiston 1999; M. A. Seifrid, *The Pauline Writings. An Annotated Bibliography*, Grand Rapids 2002.

⁹ En J. Sánchez Bosch, *Escritos paulinos*, Estella 2002, pp. 131-174 (c. 5), presentamos una síntesis doctrinal de 1 Tes. En id., *Maestro de los pueblos. Una teología de Pablo el apóstol*, Estella 2006, hemos intentado sistematizar la aportación de las demás cartas indudables del apóstol, con especial atención a las cuatro grandes (Rom, 1 Cor, 2 Cor, Gál). En el presente escrito partimos de las dos obras citadas en cuanto a las cartas indudables y continuamos la discusión en cuanto a Ef y Col. Ahí también partiremos de lo dicho en el capítulo correspondiente de *Escritos* 387-426 (c. 13), citando especialmente la bibliografía posterior.

¹⁰ R. Reuter, *Synopse zu den Briefen des Neuen Testaments* 5, Francfort 1997, muestra decenas de paralelos entre Col y las siete indudables (listas, en pp. 32-35 y 35-46; sinopsis, pp. 48-225), entre Ef y las mismas siete (listas, en pp. 230-234 y 235-247; sinopsis, pp. 248-531) y entre Col y Ef (listas, en pp. 536s y 538s; sinopsis, pp. 540-619). Reconoce que hay grados en la aceptación de dependencia: “Literarische Abhängigkeit von einzelnen Paulusbriefen, etwa Phlm, Röm und Phil, wird durchaus konzidiert, doch darüber hinausgehende Parallelen werden eher als Gedächtniszitate oder als eine allgemeine Bekanntschaft mit paulinischer Sprache gewertet” (p. 29). Algunos autores aducen la estricta dependencia como prueba de inautenticidad. Así Muddiman 2001, p. 11: “There is a singularly close relationship of Ephesians with Colossians and with the other letters of the Pauline corpus sufficient to make its authenticity most unlikely”.

- La prioridad de Col respecto a Ef, pues ésta contiene mucho material propio y sería más difícil explicar por qué Col lo sustruyó¹¹.
- La posibilidad de que ambos escritos, en caso de ser inauténticos, sean debidos a autores distintos¹².

Los alegatos más vistosos en torno a la autenticidad o inautenticidad de nuestras cartas son los que se basan en cuestiones históricas o en cuestiones de lenguaje y de estilo. El distinto número de *hapax legomena* impresiona algo menos hoy día¹³. Se subraya más la falta en Ef

¹¹ Reuter, *Synopse* 536, confirma para el ámbito alemán: “Zumindest im deutschsprachigen Raum besteht ein deutlicher Forschungskonsens bezüglich der literarischen Abhängigkeit des Eph von Kol”. La prioridad de Col parece especialmente clara para quienes atribuyen las dos cartas a autores distintos. Así Hoppe 1987, p. 15: entiende que “Der Eph-Autor [hat] den Brief an die Kolosser gekannt und für seine Schrift ausgewertet”. Stockhausen 1989, p. 19 (cf. pp. 15-19: “It seems most reasonable to suppose that Colossians is the earlier letter and that the author of the Epistle to the Ephesians used it as the most important, though not the only, model for the new letter within the Pauline letter tradition”); M. Gielen, *Tradition und Theologie neutestamentlicher Haustafelethik*, Francfort 1990, p. 13: “heute kaum noch Diskussionen darüber gibt, dass dem Kol die Priorität zukommt und Eph von ihm abhängig wird”. Para R. Burnet, *Épîtres et lettres Ier-IIer siècle*, París 2003, la dependencia de Ef respecto de Col conduce a una datación escalonada: “L'épître aurait plutôt été écrite vers 70-80 puisque les nombreux proximités avec l'épître aux Ephésiens, écrite vers 80, suggèrent que l'auteur de cette dernière aurait eu connaissance de Col” (p. 213s; cf. pp. 211-236). En caso de ser ambas auténticas, se explicarían mejor observaciones como las de Muddiman 2001, p. 11, a continuación del texto citado: “There are nevertheless some cases where very Pauline-sounding passages in Ephesians may be prior to, and the source for, a parallel in Colossians, and even perhaps to a parallel in the undisputed letters” (cf. p. 20: “Authentic expressions of Paul’s own distinctive emphases”).

¹² Desde Pfeleiderer (cf. *supra* nota 5), se suele subrayar la mayor proximidad al catolicismo por parte de Ef. Cf. Best 2001, p. 67: “Se si accetta la paternità non paulina, si deve però rilevare altresì che vi sono indicazioni sufficienti per inferire che gli autori di Colossesi e di Efesini siano due persone diverse” (pp. 35-67: “La paternità”, y pp. 67-72: “Una scuola paolina”). El tema pierde importancia para P. Pokorny 1991, p. 10, por tratarse en ambos casos de discípulos de Pablo: “The problem of one or two authors is diffused somewhat, if we assume that Colossians, like Ephesians, arose from the same circle of Pauline disciples”.

¹³ Véanse nuestras cuentas en Sánchez Bosch, *Escritos* 390-392 y 397s. El gran campeón en la batalla de los *hapax legomena* (palabras que no vuelven a salir en el Nuevo Testamento) fue N. Harrison, *The Problem of the Pastoral Epistles* (Oxford 1921) y *Paulines and Pastorals* (Londres 1964) a propósito de las Pastorales. Pero precisamente este autor acepta la autenticidad de Ef y Col.

y Col de términos esenciales en el lenguaje paulino¹⁴ o en la falta de vigor argumentativo, como el que distingue a Pablo en Gál¹⁵. De todos modos, especialmente en nuestro caso, hemos observado que lo que mueve a los autores a afirmar o negar son, por lo general, cuestiones de contenido o de teología. Resulta especialmente escandaloso, por ejemplo, que en Col 1,24 el apóstol pretenda suplir “lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (hablamos de ello *infra* § 26). En Ef escandaliza especialmente su pretendido “eclesiocentrismo”, como si los “apóstoles y profetas” fueran el fundamento de la Iglesia *en vez de Cristo* (véase *infra* §§ 145s, 158)¹⁶.

Propiamente nos dedicaremos a esas cuestiones de contenido o de teología, atendiendo a las palabras, pero también a su significado. Nuestro trabajo intentará llegar a la síntesis doctrinal, respectivamente, de Pablo, de Col y de Ef, con lo que la aproximación verbal deja de ser meramente externa¹⁷. Por supuesto que, de paso, añadirán material de primera mano especialmente útil en el momento de estudiar la autenticidad desde un punto de vista histórico o estilístico.

Prácticamente todos los temas propios de la teología paulina encuentran una inflexión propia en Ef y Col que los hace dignos de consideración a la hora de tratar el tema de la autenticidad:

- El tema de Dios y el tema de Cristo (“teología”, en sentido más estricto, y cristología),
- El paso a la gracia y el paso a la gloria (soteriología y escatología).
- El Espíritu, la Iglesia y la vida cristiana concreta (pneumatología, eclesiología, parenesis).

El trasfondo natural bajo el cual se estudian todos esos temas lo forman, sin duda, las cartas universalmente reconocidas como paulinas: nos preguntamos precisamente hasta qué punto Ef y Col coinci-

¹⁴ Lohse 1977, pp. 133-140: “Sprache und Stil des Kolosserbriefes”. Volveremos sobre el tema *infra* §§ 182s.

¹⁵ Es la tesis de W. Bujard, *Stilanalytische Untersuchungen zum Kolosserbrief*, Gotinga 1972, pp. 77-235, que goza todavía hoy de gran predicamento.

¹⁶ Cf. J. Roetzel, *The Letters of Paul, Conversations in Context*, Filadelfia 1991, p. 102 (cf. pp. 100-106): “The apostles provide the foundation of the church (2,20f), a statement that would make Paul wince”.

¹⁷ Un máximo de aproximaciones verbales aparece en la *Sinopsis* de R. Reuter, citada en nota 10.

den con ellas. No es menos interesante la pregunta sobre la presencia (más o menos “independiente”) de tradiciones prepaulinas o extra-paulinas en dichos escritos¹⁸.

Este último punto de vista será especialmente relevante al tratar el tema de Dios y el tema de Cristo, objeto primario del kerigma primitivo y, con ello, de las tradiciones prepaulinas mejor estudiadas.

¹⁸ Se reconocen como “tradiciones prepaulinas” aquellos versículos de Pablo que, por distintos indicios, se cree que están tomados de tradiciones anteriores. Se consideran especialmente “extra-paulinas” las tradiciones evangélicas fechadas con dificultad pero independientes, en principio, del texto paulino.

Capítulo 1

El tema de Dios

1. Dios trascendente y creador

3. En las cartas de Pablo, el tema de Dios aparece casi siempre integrado en su soteriología o en su cristología. Aparte de estos aspectos, que recogeremos en los capítulos correspondientes (cf. esp. cc. 2–4), sólo por indicios (¡y por lógica!) podemos saber la importancia que tuvo el tema de Dios en la predicación de Pablo y de todos los que como él emprendieron la evangelización de los gentiles¹. Debió de ser un anuncio inspirado en el Antiguo Testamento (el Dios único, sabio y poderoso, justo y misericordioso, creador del mundo y del hombre), con una especial crítica del politeísmo imperante (“Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”: 1 Tes 1,9) y sin renunciar a las mejores adquisiciones de la filosofía griega: su realidad invisible se da a conocer por el estudio de sus obras: su poder eterno y su divinidad (Rom 1,20)².

Ef y Col tampoco muestran interés por hablarnos de Dios fuera del contexto cristo-soteriológico, propio de una comunicación entre cristianos. Menos aún, por ejemplo, que la Carta a los Romanos, que nos presenta una buena serie de textos sobre la revelación de Dios³. Se llega a tener la impresión de que en Ef y Col la referencia a Cristo incluso desplaza la misma referencia a Dios. De todos modos, comparando la frecuencia del término *theos* (“Dios”) en cartas de longitud parecida,

¹ Basta leer a los Padres apostólicos y a los Padres apologistas para ver la importancia que dan al tema de Dios.

² Sánchez Bosch, *Maestro* § 7.

³ Cf. *ibid.*, § 6.

resulta que Ef y Col no quedan tan mal paradas: si en Flp *theos* aparece 24 veces, en Col lo hace 21; si en Gál aparece 31 veces, en Ef también lo hace 31.

En cualquier caso, más que un concepto de Dios anunciado directamente por nuestras cartas, nos encontraremos con el concepto que presuponen, lo cual es importante, porque significa que lo dan por sabido.

En todos los temas, trataremos por separado la aportación de Col y la de Ef precisamente porque sigue en pie la posibilidad de que sean obra de un autor distinto.

a) En la Carta a los Colosenses

4. Col 1,15 no tiene, en el Nuevo Testamento, más precedente que Rom 1,20 cuando habla del “Dios invisible” con el adjetivo *aoratos*. A primera vista, esta singularidad queda devaluada, porque, mientras en Rom aparecía como un atributo importante de Dios en el contexto de cierto “concentrado filosófico”, en Col aparece acto seguido como un género común a distintos seres creados: “los visibles y los invisibles” (v. 16). Con ello Col (o el autor del himno cristológico) va incluso más allá de 1 Tim 1,17 y de Heb 11,27 en la incorporación de conceptos filosóficos al pensamiento cristiano y devuelve la “invisibilidad” a la categoría de algo no definitivo desde el punto de vista religioso. De todos modos, la trascendencia de Dios queda a salvo, porque todo lo que se dice de Cristo como imagen de Dios (que “todo fue hecho por medio de él y para él y todo se sustenta en él”: vv. 16s) se sostiene a su vez en aquél de quien Cristo es imagen. El protagonismo del Padre queda confirmado cuando, en 3,10 se habla del hombre nuevo como de aquel que ha sido “renovado según la imagen de su Creador”, con lo que da valor de norma universal al orden de la creación (como también hacía 1 Cor 11,7).

La Carta a los Romanos habla incansablemente de la revelación de Dios como no lo habían hecho las otras cartas indudables y coloca esa revelación también antes de Cristo y en el futuro, por más que la mayor parte de textos hablan de la revelación por el Evangelio⁴. Este último aspecto no deja de ser subrayado por Colosenses, incluso en cuanto al lenguaje: habla de *mystêrion* (“misterio”: en Col 1,26s; 2,2; 4,3, como en Rom 11,25; 16,25; 1 Cor 2,1.7; 4,1; 13,2; 14,2; 15,51), de *faneroumai* (“mostrar”: en Col 1,26; cf. 3,4, como en Rom 1,19; 3,21; 16,26;

⁴ Cf. Sánchez Bosch, *Maestro* §§ 9s.

1 Cor 4,5; 12,7), de *gnôrizein* (“dar a conocer”: en Col 1,27 como en Rom 9.22s; 16,26), pero en un sentido más cristológico. Col empieza hablando de un “misterio que estuvo oculto desde los siglos y generaciones, pero ahora ha sido manifestado a sus santos” (Col 1,26), pero, según el v. 27, este misterio se identifica con el término de la evangelización entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Más adelante (en 2,2) seguirá hablando del misterio de Dios, pero volverá a identificarlo con Cristo. En 4,3, ya hablará directamente del misterio de Cristo. Todo ello puede relacionarse con un texto más bien marginal de Romanos:

El misterio que ha sido mantenido en secreto durante siglos sin fin, pero que ahora ha sido manifestado y se ha dado a conocer a todas las naciones para la obediencia de la fe (Rom 16,25s)⁵,

Más puede relacionarse con un texto bien significativo de Primera Corintios:

Hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que, desde antes de los siglos, Dios predestinó para nuestra gloria; la que ninguno de los gobernantes de este siglo ha entendido, porque si la hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de gloria (1 Cor 2,7s).

5. La derivación hacia Cristo permite, sin embargo, captar los distintos atributos de Dios en sentido más universal. Ésos aparecen en Colosenses como algo que se nos ha revelado o que llegamos a conocer (por supuestos, en el Evangelio)⁶. Éstos serían los textos más significativos:

La Palabra de la verdad, el Evangelio, que llegó hasta vosotros y fructifica y crece entre vosotros lo mismo que en todo el mundo, desde el día en que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en la verdad (1,5s).

Por eso, tampoco nosotros dejamos de rogar por vosotros desde el día que lo oímos, y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual (v. 9).

Confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria (*en dynamei dynamoumenoi kata to kratos tês doxês autou*), para toda constancia en el sufrimiento y paciencia (v. 11).

⁵ La autenticidad de este texto es puesta en duda precisamente por su parecido con nuestras cartas. De todos modos, sin unanimidad. Cf. Sánchez Bosch, *Maestro* c. 1, nota 3.

⁶ También según Rom, la revelación en el Evangelio se lleva la mejor parte (cf. Sánchez Bosch, *Maestro* §§ 10s).

De la cual he llegado a ser ministro (*diakonos*), conforme al plan (*oikonomia*) que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios, al Misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria (vv. 25-27).

Para que sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y el perfecto conocimiento del Misterio de Dios, que es Cristo (2,2).

Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la actuación eficaz (*energeia*) de Dios, que lo resucitó de entre los muertos. Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y en vuestra carne incircuncisa, os vivificó juntamente con él y nos perdonó todos nuestros delitos. Canceló la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y la suprimió clavándola en la cruz (vv. 12-14).

Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia (3,12).

Os saluda también Jesús, llamado Justo; son los únicos de la circuncisión que colaboran conmigo por el Reino de Dios y que han sido para mí un consuelo (4,11).

En torno al hecho entonces reciente de la revelación cristiana, Col entiende que se ha revelado la esencia eterna de Dios en la línea de lo que de ella decía el Antiguo Testamento: empezando por su verdad (1,5s) y su gracia (1,6; cf. 4,18), siguiendo con el poder (*dynamis*: 1,11), la fortaleza (*kratos*: 1,11.27) y la gloria (1,11.27). Como expresión parecida, aparece su “actuación eficaz” (*energeia*: 2,12; cf. 1,29), la que resucitó a Jesús de entre los muertos y a nosotros nos vivificó juntamente con él.

La revelación de Dios aparece como su voluntad (*thelêma*: 1,9; cf. vv. 1.11; *thelein*: 1,27; 1,19: *eudokein*), que toma la forma de Palabra (1,5.21; cf. 4,3), de elección derivada de su amor (3,12), de plan concreto (*oikonomia*: 1,25), que se expresa en términos de riqueza (1,27; 2,2) y lleva a la construcción de un Reino (4,11). También pertenece a la imagen de Dios lo que dice 3,6 a propósito de la idolatría: que sobre ella caerá el castigo (literalmente, la “ira”: *orgê*) de Dios.

A lo largo del trabajo encontraremos otros paralelismos de los fragmentos citados con otros textos de Pablo. Aquí insistimos en que hablan un mismo lenguaje. Observemos (según el orden de Col):

- Su "verdad" (*alêtheia*: en Col 1,5s, como en Rom 1,18.25; 2,2.8.20; 3,7; 15,8).
- Su "Palabra" (con *logos*, en Col 1,5.21; cf. 4,3, como en Rom 3,4; 9,6.9.28; 13,9; cf. *logia*, en 3,2).
- Su "gracia" (*kharis*: en Col 1,6; cf. 4,18, como en Rom 1,7; 3,24; 4,4.16; 5,2.15.17.20s; 6,1.14s; 11,5s; 12,3.6).
- Su "voluntad" (con *thelêma*: en Col 1,9; cf. vv. 1.11, como en Rom 1,10; 2,18; 12,2; 15,32; con *thelein*: en Col 1,27, como en Rom 9,18.22).
- Su "poder" (*dynamis*: en Col 1,1.9; 4,12, como en Rom 1,4.16.20; 9,17; 15,13.19).
- Su "gloria" (*doxa*: en Col 1,11.27, como en Rom 1,23; 3,7.23; 5,2; 6,4; 9,23).
- Su "plan concreto" (*oikonomia*: en Col 1,25, como en 1 Cor 9,17; cf. *oikonomos*, en 1 Cor 4,1s).
- Su "riqueza" (*ploutos* en Col 1,27; 2,2, como en Rom 2,4; 9,23; 11,33; cf. *ploutôn*, en 10,12).
- Su "actuación eficaz" (*energeia*: en Col 2,12; cf. 1,29, como en Flp 3,21).
- Su "castigo" (literalmente, su "ira" (*orgê*: en Col 3,6, como en Rom 1,18; 2,5.8; 3,5; 4,15; 5,9; 9,22; 12,19).
- Su "elección" (con *eklektoi*, en Col 3,12, como en Rom 8,33; 16,13; cf. *eklogê*, en 9,11; 11,5.7.28).
- Su "amor" (con *êgapêmenoi*, en Col 3,12 como en Rom 9,25; cf. *agapêtoi* en 1,7; 11,28; *agapê*, en 5,5.8; 8,39; *agapaô*, en 8,37; 9,13).
- Su "Reino" (*basileia*, en Col 4,11, como en Rom 14,17; 1 Cor 4,20; 6,9s; 15,50; Gál 5,21).

Sólo el término *kratos* ("fortaleza": en 1,11), prácticamente sinónimo de *dynamis* y *energeia*, parece más propio del estilo litúrgico reflejado en el Apocalipsis (1,6; 5,13) y en escritos post-paulinos (1 Tim 6,16; 1 Pe 4,11; 5,11; Jds 25). Queda como un indicio del carácter más solemne y recargado (casi litúrgico) de la Carta a los Colosenses⁷.

⁷ Éste es, como decíamos *supra* § 2, uno de los caballos de batalla en la negación de la autenticidad de Col y Ef.

6. Observemos que a veces el protagonismo de Dios en toda la obra salvífica queda algo velado, pero se mantiene. Así, en Col 1,19, aunque no lo nombre, se supone que es Dios quien “decidió que en él [en Cristo] habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar todas las cosas consigo”, en la línea de 2 Cor 5,19: “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo”.

Dios es también protagonista indiscutible, aunque algo escondido, en un texto importantísimo:

Habiendo sido sepultados con él [Cristo] en el bautismo, en el cual también habéis resucitado con él por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos. Y cuando estabais muertos en vuestros delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, habiéndonos perdonado todos los delitos, habiendo cancelado el documento de deuda que consistía en decretos contra nosotros y que nos era adverso, y lo ha quitado de en medio, clavándolo en la cruz. Y habiendo despojado a los poderes y autoridades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos por medio de él (Col 2,12-15).

Dios es citado explícitamente una sola vez, pero parece claro que sigue siendo protagonista en todo lo que hace “con Cristo” o “por medio de él”.

Todos los atributos de Dios deberán tener su reflejo en la conducta moral del hombre, colocada bajo la idea de que su vida está escondida con Cristo en Dios (3,3). Pero el orden de Dios quedará siempre recubierto por el de Cristo: todo será “según corresponde *en el Señor*” (cf. 3,18). Dificilmente se hablará simplemente de “justicia y equidad”, como en 4,1. Pero con ello sólo se subraya el lugar concreto donde encontramos a Dios, no se intenta en absoluto desplazarle.

b) *En la Carta a los Efesios*

7. La primera observación a la que se prestará la Carta a los Efesios es que asume todos los contenidos de Colosenses y los amplía, volviendo a veces a Pablo, pero sin dejar de ofrecer aportaciones propias.

La necesidad de un kerigma sobre Dios queda clara en Ef 2,12, donde, como caso único en todo el Nuevo Testamento, se aplica a los paganos un término que, con el tiempo, será aplicado repetidamente a los cristianos: *atheoi* (“sin Dios”). En 4,18 dice que viven “apartados (*apêllotriômenoi*) de la vida de Dios”, por cuanto están apartados del “Dios vivo” (cf. 1 Tes 1,9), más que por su falta de participación en la vida íntima de Dios (cf. Rom 5,10).

Aunque incorporada en un contexto cristo-soteriológico, Ef tiene una afirmación solemne sobre Dios:

Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todo y por todo y en todo (*epi pantôn kai dia pantôn kai en pasin*: 4,6).

Tendremos que volver sobre el texto en razón del título “Padre” (cf. *infra* §§ 13s) y por sus implicaciones cristo-soteriológicas (cf. *infra* §§ 53, 90). Observemos, de momento, que coincide con 1 Cor 8,6 en cuanto a *Eis theos* (“Dios es uno”) y que puede relacionarse con Rom 11,36 (“todo procede de él y, por él, va hacia él”: *ex autou kai di' autou kai eis auton ta panta*) en cuanto al final del versículo.

La revelación aparece en los términos ya conocidos de Col:

- *Gnôrizein* (“dar a conocer”: en Ef 1,9; 3,3.5.10; 6,19, como en Col 1,27).
- *Faneroumai* (“mostrar”: en Ef 5,13s, como en Col 1,26; cf. 3,4).
- *Mystêrion* (“misterio”: en Ef 1,9; 3,3s.9; 5,32; 6,19, como en Col 1,26s; 2,2; 4,3).

También con la raíz *apokalypht*, desconocida por Col pero ampliamente presente en Pablo. Se encuentra en Ef 1,17; 3,3.5, como en Rom 1,17s; 8,18 (*apokalypptomai*) y en Rom 2,5; 8,19; 16,25 (*apokalypsis*). El texto más significativo en Ef es, sin duda, Ef 3,8-11:

A mí, el más pequeño de todos los santos, se me concedió esta gracia: anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo y sacar a la luz cuál es la dispensación del misterio que por los siglos ha estado oculto en Dios, creador de todas las cosas, a fin de que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los principados y potestades en el cielo, conforme al propósito eterno que llevó a cabo en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Esta revelación de Dios pertenece indudablemente a la soteriología, pero en el v. 10 hay una frase que merece ser citada por su universalidad: “La multiforme sabiduría (*polypoikilos sofia*) de Dios”. La frase nos recuerda otra, no menos universal, de Rom 11,33:

¡Oh profundidad (*bathos*) de riqueza (*ploutou*) de la sabiduría y del conocimiento (*gnôseôs*) de Dios! ¡Qué insondables son sus juicios e inextricables (*anexikhniastoi*) sus caminos!

El texto de Rom nos devuelve a Ef no sólo por el *bathos* (“profundidad”), que reaparece en Ef 3,18, y por *anexikhniaston* (“inextricable”),

exclusivo de Rom y Ef), que allí vuelve a aparecer unido a *ploutos* (“riqueza”), sino también por el estilo litúrgico redundante, que se considera característico de Ef y Col.

Dentro del mismo estilo, Ef 1,18s habla de la “riqueza” del poder de Dios en términos totalmente paralelos a Col:

Cual es la riqueza de gloria (*doxês*)... y cual la superior grandeza de su poder (*dynameôs*)... según la acción eficaz (*energeias*) de su gran fuerza (*tou kratous tês iskhyos*).

Sólo que, si en Col 1,11, por asonancia litúrgica, se añadía *kratos* (“fuerza”) a *dynamis* (“poder”), aquí (Ef 1,19 y 6,10) se dice *kratos tês iskhyos*, añadiendo otro sinónimo de origen litúrgico (cf. Ap 5,12; 7,12).

Tampoco es extraña a Ef la idea de “ira de Dios” (*orgê*, en 5,6; cf. 2,3; Col 3,8), como tampoco la definición de Dios como aquel que “ha creado todas las cosas” (3,9; cf. 2,10.15; 4,24; Col 3,10).

8. La esfera de Dios es designada por Ef como *pneumatikos* (“espiritual”: 1,3; 5,19) y como *epouranios* (“celestial”: 1,3.20; 2,6; 3,10).

Para Pablo, *pneumatikos* son los dones del Espíritu, pero con una especial conciencia de que esos dones nos introducen en la esfera de Dios (cf. 1 Cor 2,10-16). *Epouranios* (“celestial”), en cambio, no es sólo el Señor, que viene del cielo, y los que a él se asemejan (1 Cor 15,47-49), sino también una parte de la creación material:

Hay cuerpos celestiales (*epourania*) y cuerpos terrenales. Y uno es el esplendor (*doxa*, “gloria”) de los celestiales y otro el de los materiales: uno es el esplendor del sol, y otro el esplendor de la luna y otro el esplendor de los astros. Y un astro se distingue en esplendor (siempre: *doxa*) de otro astro (1 Cor 15,40s).

También, los que podríamos llamar seres “intermedios”:

Para que toda rodilla se doble: de los celestiales, de los terrestres y de los infernales (*epouraniôn kai epigeiôn kai katakthoniôn*: Flp 2,10).

Ef da un paso más en la relativización de dichos términos cuando entiende *in partem malam* tanto *epouranios* como *pneumatikos*:

Contra los espíritus malos del cielo (*ta pneumatika tês ponêrias en tois epouraniois*: Ef 6,12).

Con ello Ef se inscribe en la tradición de los “espíritus malos” (*pneumata ponêra*: Mt 12,45; Lc 7,21; 8,2; 11,26; Hch 19,12s.15s), la cual, a su vez, deriva de la de los “espíritus impuros” (*pneumata akatharta* (Mt 12,43; Mc 1,23.26s; 3,11.30; 5,2.8.13; 6,7; 7,25; 9,25; Lc 4,36; 6,18; 8,29; 9,42; Hch 5,16; 8,7) y nos da testimonio del valor relativo que hay que dar a esas designaciones de la esfera divina (cf. *supra* § 4).

En resumen diríamos que, en el momento de escribirse Ef y Col, el tema de Dios sigue siendo importantísimo, puesto que se vive en un mundo “ateo”, “alejado de la vida de Dios” (Ef 2,12 y 4,18, citados), que hay que evangelizar. Pero, quizás porque desde un punto de vista especulativo la lucha contra la idolatría se considera un juego de pocas tablas, no se descubren avances espectaculares en la reflexión teórica sobre el tema. Quizás sólo, sobre todo en Ef, una mayor necesidad de afirmar en el culto el papel de Dios, como nos puede mostrar la gran “obertura” de Ef 1,3-14 y, en general, el recurso a un lenguaje más recargado (más litúrgico) en honor de “aquel que nos ha creado”.

El prólogo

9. Observemos la parte que Dios tiene en la gran obertura de Ef:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido (*eklegesthai*; cf. Col 3,12: *eklektoi*) en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito (*eudokia*; cf. Col 1,19: *eudokein*) de su voluntad (*thelêma*; cf. vv. 1.9.11; 5,17; Col 1,1.9; 4,12; *thelêin*: 1,27), para alabanza de la gloria (*doxa*; cf. vv. 12.14.17s; 3,16.21; Col 1,11.27) de su gracia (*kharis*: cf. vv. 2.7; 2, 7s; 3,2.7s; Col 1,2.6; 3,16; 4,18; *kharitoun*: v. 6; *kharizomai*: 4,32; Col 3,13), con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza (*ploutos*; cf. v. 18; 2,7; 3,16; Col 1,27; 2,2; *plousios*: Ef 2,4; *plousiôs*: Col 3,16) de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio (*mystêrion*: 3,3.9; 5,32; 6,19; Col 2,2; 4,3) de su voluntad según el beneplácito designio que en él se propuso de antemano, en su plan (*oikonomia*; cf. 3,2.9; Col 1,25) para la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza (*energountos*; cf. v. 20; 2,2; 3,20; Col 1,29; *energeia*: Ef 1,19; 3,7; 4,16; Col 1,29; 2,12) todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperá-

bamos en Cristo. En él también vosotros, tras haber oído la Palabra (*logon*; cf. 4,29; 5,6; 6,19; Col 1,5.25; 3,16; 4,3) de la verdad (*alêtheia*; cf. 4,24; 5,9; Col 1,5s), el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria.

Hemos recogido una serie de términos fundamentales referidos a Dios (varios de ellos volverán a aparecer, referidos a Cristo)⁸ y comunes a Ef y Col. Además, el fragmento contiene una serie de términos, no presentes en Col, que nos ayudan a completar la imagen de Dios que tiene la carta, así como su mayor vinculación al lenguaje de las grandes cartas de Pablo. Recogemos las que más afectan a nuestro tema:

En primer lugar, el tema de la bendición de Dios en Ef 1,3: *eulogêtos*, como en Rom 1,25; 9,5; 2 Cor 1,3; 11,31; *eulogein*, como en Rom 12,14; 1 Cor 4,12; 10,16; 14,16; Gál 3,9; *eulogia*, como en Rom 15,29; 16,18; 1 Cor 10,16; 2 Cor 9,5s; Gál 3,14.

Los términos con los que Ef 1,4 habla de la “fundación” del mundo (*katabolh kosmou*) son conocidos por Mt 25,34; Lc 11,50; Jn 17,24; Heb 4,3; 9,26; 11,11; 1 Pe 1,20; Ap 13,8; 17,8, pero no por Pablo. Rom 1,20 se refiere, según parece, a aquel mismo momento con la fórmula *apo ktiseôs kosmou*.

En cambio, la “adopción filial” (*yiiothesia*) es exclusiva de Ef 1,5 y de Pablo (Rom 8,15.23; 9,4; Gál 4,5).

También son bastante exclusivos de Ef y de Pablo distintos términos con los que se habla de la decisión eterna de Dios⁹:

- Así el término *prothesis*, en sentido de decisión divina, se encuentra, además de en Ef 1,11; 3,11, en Rom 8,28; 9,11; cf. *prothesmia*, Gál 4,2; añádase 2 Tim 1,8.
- El término *proorizô*, “predestinar”, se encuentra, además de en Ef 1,5.11, en Rom 8,29s y 1 Cor 2,7, así como en Hch 4,28.
- El término *proetoimazô*, “preparar” (previamente), se encuentra, además de en Ef 2,10, sólo en Rom 9,23.

⁸ *Infra* §§ 64-66 aparecen distintos “traspasos” a Cristo de atributos propios de Dios.

⁹ El tema vuelve a aparecer *infra* § 86.

Lo curioso es que con todo ese material, que nosotros encontramos disperso en distintos sitios, el autor componga una auténtica obertura a su obra, una especie de himno altamente inspirado¹⁰. A la pregunta sobre en qué se distingue esta pieza de los materiales de donde procede (o que, por lo menos, conocía), diríamos que en la visión de las decisiones eternas de Dios como un gran acto de amor, que invita insistentemente a la bendición y a la glorificación. Es decir, que la idea del Dios predestinador no le aparta, sino que le conduce a él¹¹.

10. Con todo ello, el protagonismo de Dios queda mucho más clara y directamente afirmado. De ahí que pueda tener consecuencias directas en el orden moral¹².

Col 3,10 ya había dicho que el hombre nuevo se transforma “a imagen del que lo había creado”; Ef 4,24 precisa: “creado según Dios en justicia y santidad de verdad”, con lo que se alude más claramente a la creación primera. Propone directamente la “obra buena” (2,10; 4,28) y la “palabra buena” (v. 29) como algo que se entiende por sí mismo. Toma la narración del Génesis como norma de conducta para los esposos. Sobre la base de que los dos serán “una sola carne” (Gn 2,24), dice:

El que ama a su esposa se ama a sí mismo, porque nadie odia a su propia carne, sino que la alimenta y la cuida (Ef 5,28s).

Y va más allá del mismo Pablo cuando ve toda la vida cristiana en relación directa con el Padre:

Sed imitadores de Dios, como hijos suyos queridos (v. 1).

2. Dios Padre y el Espíritu Santo

11. Apenas se podrá decir que Ef y Col (¡menos aún Col!) hayan realizado grandes progresos en el tema de la paternidad divina¹³ y en el

¹⁰ La composición del texto adelanta como en círculos concéntricos, algo no admitido en retórica clásica, pero que queda perfectamente en la línea de 2 Cor 1,3-7 y de varias “piezas” del cuarto evangelio (por ejemplo, cc. 1, 15, 17).

¹¹ *Infra* § 86 aparece el papel de la predestinación en los inicios de la vida cristiana.

¹² En Sánchez Bosch, *Maestro* §§ 17-20 y 23-26 se describen, según Rom y 1 Cor, las repercusiones en el orden moral del tema de la creación.

¹³ Véase Sánchez Bosch, *Maestro* §§ 28-30.

camino que conduce a la Trinidad. Se podrá decir, de todos modos, que se mantienen a la misma altura, dando alguna expresión interesante a la doctrina común.

a) *Dios Padre en Colosenses*

12. Col nos da una especie de muestrario de los modos conocidos para nombrar a Dios como Padre:

A los santos de Colosas, hermanos fieles en Cristo. Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, *nuestro Padre* (1,2).

Damos gracias sin cesar a Dios, *Padre de nuestro Señor Jesucristo*, por vosotros en nuestras oraciones (v. 3).

Gracias *al Padre*, que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz (v. 12).

Todo cuanto hagáis, de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a *Dios Padre* (3,17).

La fórmula “nuestro Padre” (Col 1,2), reflejo de “vuestro Padre” (Mt 5,16.45.48, etc.), se encuentra abundantemente en la tradición paulina (Rom 1,7; 1 Cor 1,3; 2 Cor 1,2; Gál 1,3s; Flp 1,2; 4,20; 1 Tes 1,3; 3,11.13)¹⁴.

Más exclusivamente paulina es la fórmula “Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Col 1,3; cf. Rom 15,6; 2 Cor 1,3; 11,31; también, 1 Pe 1,3), reflejo de “mi Padre” (cf. Mt 7,21; 10,32s; 11,27; 12,50).

Algo más generalizado es el estereotipo “Dios Padre” (Col 3,17; cf. 1 Cor 8,6; Gál 1,1; Flp 2,11; 1 Tes 1,1, así como 1 Pe 1,2; 2 Pe 1,17; 2 Jn 1,3; Jud 1). Esa unión directa entre los conceptos de “Dios y Padre”, sin mediar siquiera un artículo, como en 1 Cor 8,6, se puede relacionar con la presencia en el contexto de Jesucristo el Señor, como un modo de distinguir al Padre del Hijo, dando por supuesto (diríamos) que el Hijo también es Dios.

Finalmente, Col 1,12 nos presenta un uso absoluto, superfamiliar de “el Padre”, que nos recuerda los momentos más elevados del Evangelio:

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra... Sí, Padre, porque así lo has decidido... Nadie conoce al Hijo más que el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo (Mt 11,25-27).

¹⁴ Cf. Sánchez Bosch, *Maestro* §§ 27-30.

En cierto sentido, Rom 8,15 y Gál 4,6 van más allá, porque llegan incluso al término arameo *Abbá*, empleado por Jesús (Mc 14,36). Pero sólo en cierto sentido, porque en Pablo se entrevé un momento especialmente tenso, en el que el Espíritu Santo nos fuerza a “gritar” (cf. *krazô* en los dos textos), mientras que en Col se trata de algo tan espontáneo como en el texto citado de Mateo y más adelante en el evangelio (cf. Jn 3,35; 4,21.23) y en las cartas de Juan (1 Jn 1,2s; 2,1.14-16.22.24; 3,1; 4,14; 2 Jn 1,9).

En cuanto al uso de “Hijo” (cf. *infra* § 57 y 117s), Pablo insistirá en que Jesús es “Hijo de Dios” (Gál 2,20; 2 Cor 1,19) o “su (propio) Hijo” o *Yios autou*, en Rom 1,3.9; 1 Cor 1,9; Gál 1,16; 4,4; 1 Tes 1,10; *ton eautou Yion*, en Rom 8,3; *tou idiou Yiou*, en Rom 8,32). En ese último texto alude al sacrificio de Abrahán:

No se compadeció (*efeisato*) de su propio Hijo.

El texto paralelo Gn 22,16 añadía la idea de “amado”:

No te has compadecido (*efeisô*) de tu Hijo amado (*tou yiou sou tou agapêtou*).

En este sentido, Col 1,13 explicita lo que estaba implícito en Pablo:

Nos trasladó al Reino del Hijo de su amor (*tês agapês autou*),

Con ello Col se coloca más cerca de Mt 3,17 par; 17,5 par:

Éste es mi Hijo amado (*agapêtos*), en quien me he complacido.

La idea reaparece en distintos textos del evangelio (¡ninguno de las cartas!) de Juan: Jn 3,35; 10,17; 15,9; 17,23s.26 (*agapan*); 5,20 (*filein*).

b) Dios Padre en Efesios

13. Ef tiene un uso proporcionalmente mayor del término “Padre”, partiendo del uso paulino conocido por Col:

Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo (1,2).

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos, en Cristo (v. 3).

Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente (v. 17).

Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu (2,18).

Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra (3,14s).

Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos (4,6).

Dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo (5,20).

Paz a los hermanos y caridad con fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo (6,23).

Coincide con Col en llamar a Dios “nuestro Padre” (Ef 1,2, como Col 1,2), “Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 1,3, como Col 1,3) y simplemente “Dios Padre” (Col 3,17, como Ef 6,23).

En 2,18 (cf. 3,14 y Col 1,12), en un uso especialmente entrañable de “el Padre”, sin añadidos, se nos dice que tenemos acceso (*pro-sagôgên*) a él. El texto tiene mucho en común (incluso el término *pro-sagôgê*, que no aparece más en el Nuevo Testamento) con Rom 5,1s. Pero con una gran diferencia: allí se habla de “Dios”, aquí se habla de “el Padre” con la naturalidad de Cristo, por más que también Rom 6,4 llega a aquella designación (“fue resucitado por la gloria del Padre”).

Ef sigue demostrando su familiaridad con el tema y su interés por él, con formulaciones algo distintas de las anteriores.

En 5,20, en un contexto en el que “nuestro” resultaría pretencioso (como si no lo fuera de Jesús) y “de nuestro Señor Jesucristo” resultaría recargado, pues acaba de nombrarle, dice simplemente: *tô Theô kai Patri*: “a (nuestro) Dios, que también es (nuestro) Padre”. La misma fórmula en 1 Cor 15,24, con Jesucristo como sujeto, parece significar: “a su Dios, que también es su Padre”.

14. En Ef 1,17 aparece una formulación algo extraña:

El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria.

Dejaría de serlo invirtiendo los términos: “El Dios de la gloria, Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Se trata, pues, probablemente, de un artificio literario, pero de un artificio que no hubiera sido posible si, como les sucedería a muchos cristianos, la pluma se hubiera resistido a escribir: “Dios de nuestro Señor Jesucristo”.

Ello nos plantea la cuestión de que “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” puede significar: “(nuestro) Dios, que también es Padre de nuestro Señor Jesucristo”, pero también: “Aquel que es Dios de nuestro Señor Jesucristo, y también su Padre”. Este último sentido nos viene dado, por lo menos, por 1 Cor 15,24 (acabado de citar). Por otra parte, tanto en la tradición sinóptica (Mt 27,46 par: “Dios mío, Dios mío...”) como en la joánica (Jn 20,17: “Mi Dios y vuestro Dios”), Jesús llama a Dios: “mi Dios”.

Si esto es así, la idea de Padre de la gloria podrá relacionarse con el sentido cósmico de Ef (cf. *infra* §§ 54s), pues la gloria no afecta sólo a los cristianos, sino a una gran multitud de seres.

En la misma línea cósmica podrá interpretarse 3,15, donde dice que de él toma nombre toda familia (en griego, *patria*) en el cielo y en la tierra. Entiende que las familias (entre humanos, pero también entre animales) son tales porque tienen un padre (y por eso se llaman *patria*). El texto nos dice que eso es posible porque imitan la paternidad de Dios.

15. Eso nos puede orientar en la interpretación de Ef 4,6: “Padre de todo(s), que está sobre todo(s) y por todo(s) y en todo(s)”. El contexto anterior (vv. 4s) nos inclinará a dar sentido personal (incluso: intra-ecclesial) a los cuatro “todos” (tres *pantôn* y un *pasi*) que aparecen en el texto. Pero el fuerte paralelismo con 1 Cor 8,6 y la indudable proyección cósmica de Ef en su conjunto, nos inclinan a preferir el sentido neutro, que implica la idea de “Padre del universo”.

En todo el Nuevo Testamento sólo encontraremos una formulación parecida en Sant 1,17:

El Padre de los astros, para el que no hay ni transmutaciones ni eclipses.

En el Evangelio no se dice ni que Dios sea Padre de los pecadores ni del mundo material, pero queda clara la actitud paternal de Dios con éste y con aquellos. Baste recordar:

Si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, *Dios* la cuida así... (Mt 6,30).

Para que seáis hijos de *vuestro* Padre celestial, que hace salir el sol sobre los buenos y malos (Mt 5,45).

En vista de esa actitud paternal de Dios, Ef puede dar un paso más en la formulación y decir que Dios es “Padre de todos y de todo”.

c) *El Espíritu Santo en Colosenses*

16. Una de las sorpresas que depara el estudio de la Carta a los Colosenses es la escasa presencia (casi sólo “adjetival”) del Espíritu en la carta: en tres textos:

Nos informó también de vuestro amor en el Espíritu (*en pneumatí*: 1,8).

No dejamos de rogar por vosotros y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual (*pneumatikê*: v. 9).

La Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría; cantad, agradecidos, himnos y cánticos espirituales (*pneumatikais*: 3,16).

Suponiendo (como en realidad suponemos)¹⁵ que tanto *en pneumatí* (en el Espíritu) en el primer texto como *pneumatíkos*, “espiritual”, en los dos últimos, significan “inspirado por el Espíritu”, tendremos que el autor descubre su presencia carismática en el ámbito de las actitudes profundas (el amor), del pensamiento (la palabra, la sabiduría) y en el del culto (los himnos y cánticos). Es decir, en toda la vida cristiana.

Además, esta presencia debe realizarse en “plenitud” (*plêrôthête*). La misma idea de “plenitud” está presente en la *plêroforia* de 1 Tes 1,5:

Nuestro Evangelio estuvo presente entre vosotros no sólo con palabras, sino con poder, y con Espíritu Santo y gran plenitud.

El término tiene un paralelo en Col 2,2:

Con toda la riqueza de la plenitud de la comprensión...

Precisamente porque la “filosofía” de los destinatarios (2,8) obligaba al autor de Col a subrayar la primacía de Cristo frente a un culto desviado de los ángeles (v. 18), puede haberle aconsejado mayor discreción acerca de aquel Espíritu que acompaña a Cristo-hombre desde antes de su concepción y a la Iglesia desde sus inicios.

d) *El Espíritu Santo en Efesios*

17. En Ef el tema del Espíritu vuelve a tomar las proporciones que consideraríamos normales en una carta de Pablo¹⁶: aparece doce veces

¹⁵ Los paralelismos con Ef (cf. apartado siguiente) nos convencen de ello.

¹⁶ Cf. Sánchez Bosch, *Maestro* §§ 32-39.

el sustantivo *pneuma* en esfera divina, más otras dos el adjetivo *pneumatikos* en la misma línea. Colocados según el orden de la carta, tendríamos:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales (*pneumatikê*) en los cielos, en Cristo (1,3).

En él también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el *Espíritu Santo* de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria (vv. 13s).

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda *Espíritu* de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente (v. 17).

Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo *Espíritu* (2,18).

En quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el *Espíritu* (*en pneumatî*: v. 22).

Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas en *Espíritu* (*en pneumatî*: 3,5).

Para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis fortalecidos por la acción de su *Espíritu* en el hombre interior (v. 16).

Poniendo empeño en conservar la unidad del *Espíritu* con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo *Espíritu*, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados (4,3s).

No entristezcáis al *Espíritu Santo* de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención (v. 30).

No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del *Espíritu* (*en pneumatî*). Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados (*pneumatikais*); cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor (5,18s).

Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del *Espíritu*, que es la Palabra de Dios, siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el *Espíritu* (*en pneumatî*), velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos (6,17s).

La primera observación, importante para quien vea divergencia de las dos cartas en este punto, es que Ef mantiene una gran coherencia

con Col: tanto en la fórmula en *pneumati* de Ef 2,22; 3,5; 6,18, paralela a Col 1,18, como en el adjetivo *pneumatikos* de Ef 1,3 y 5,19, presente en Col 1,9 y 3,16.

La presencia más abundante del tema en Ef nos permitirá llegar a una interpretación más precisa, que no dudaríamos en extender a Col. Nos precisará, especialmente, que se trata del “Espíritu Santo” (1,13; 4,30), conocido en todo el Antiguo y el Nuevo Testamento. Igualmente claro es que se trata del “Espíritu de Dios” (4,30; cf. 3,16: su Espíritu). Que sea el Espíritu Santo “prometido” o “de la Promesa” nos lo dice 1,13, en consonancia expresa con Gál 3,14; Lc 24,29; Hch 1,4; 2,33. Que se le llame “Espíritu de sabiduría y de revelación” (1,17) puede relacionarse fácilmente con los dones del Espíritu Santo (Is 11,2) o con la primera lista de carismas (1 Cor 12,8-10).

También es propio de la primera lista de carismas la insistencia en el hecho de que se trata de un mismo Espíritu (1 Cor 12,4.8s.11.13), tema que se refleja en Ef 2,18 y se afirma solemnemente en 4,3s.

Por dos veces se compara al Espíritu con un sello (1,13; 4,30) o con unas arras (1,14) que garantizan nuestro éxito el día de la redención (4,30). Son las dos imágenes que Pablo aplica también al Espíritu, con la misma idea, en 2 Cor 1,22 y 5,5. En el Apocalipsis, el sello tiene una función parecida (Ap 7,2-8; 9,4), pero no se dice que ese sello sea el Espíritu Santo.

En la vida concreta del cristiano, el Espíritu le conduce por caminos de sabiduría y de revelación (1,17; cf. 3,5), da fortaleza (3,16: *dynamei krataiôthênai*) como un yelmo o como una espada (6,16), promueve fuertemente la unidad (4,3s) y da una plenitud (5,18: la llamaríamos euforia) comparable a la embriaguez. Que el Espíritu da sabiduría y fortaleza ya estaba dicho en Is 11,2 (*sofia, iskhys*). Pablo insistirá también en el poder (*dynamis*) del Espíritu Santo (Rom 1,4; 15,13.19; 1 Cor 2,4; 1 Tes 1,5) y lo verá como una plenitud (sólo 1 Tes 1,5: *plêroforia*; cf. *plêrês, plêrousthai* en Hch 6.3.5; 7,55; 11,24; 13,12). La comparación con la embriaguez es propia de Efesios, pero Pablo no deja de comparar los dones del Espíritu con el fuego (cuando dice que no lo apaguen: 1 Tes 5,19) y con el entusiasmo desbordado de los cultos paganos (1 Cor 12,2s).

La función principal del Espíritu es la de darnos acceso al Padre (Ef 2,18), hasta hacernos morada de Dios (v. 22), por los caminos de la oración (6,18). En todo ello, Ef sigue palmo a palmo las huellas de

Pablo¹⁷: el Espíritu es quien habita en nosotros, convirtiéndonos en templos de Dios (Rom 8,9.11; 1 Cor 3,16), quien propicia la más familiar de las relaciones con el Padre (Rom 8,15, Gál 4,6) y quien ora por nosotros y con nosotros (Rom 8,16.26s).

Ser personal

18. Más difícil es la pregunta de si se atribuye un ser personal al Espíritu Santo: en este sentido, Ef 4,30 puede ser definitivo, pues se pide que no entristezcan al Espíritu Santo: sólo un ser personal puede entristecerse. En Pablo tampoco sobreabundan los textos que evidencien el carácter personal del Espíritu de Dios. Pero podemos descubrirlo, por ejemplo, en los acabados de citar: si el Espíritu grita Abbá-Padre (Gál 4,6), si da testimonio de que somos hijos de Dios (Rom 8,16), si intercede con gemidos inenarrables (vv. 26s), es porque tiene ser personal.

Queda la pregunta de si Ef ha avanzado en la afirmación de la Trinidad¹⁸. La respuesta no puede ser contundente, porque la carta no cuenta con alineaciones de las tres personas divinas como las de 1 Cor 12,4-6; 2 Cor 13,13. Sí se da el hecho de una mutua atracción entre las personas, de modo que, cuando se nombra una, hay cierta necesidad de nombrar a las otras dos. Podemos recordar algunos ejemplos:

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda Espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente (v. 17).

Pues por él [Cristo], unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu (2,18).

En quien [Cristo] también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu (*en pneumatí*: v. 22).

Casi se llega a la alineación en 4,4-6:

Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos.

En el v. 4 aparece el Espíritu; en el v. 5, el Señor; en el v. 6, Dios Padre. De todos modos, hay algunos elementos añadidos que no nos

¹⁷ Cf. *infra* § 108, 121s, 124; Sánchez Bosch, *Maestro* § 200s, 232.

¹⁸ Puede compararse con lo recogido en Sánchez Bosch, *Maestro* § 42.

permiten hablar de una perfecta alineación. Sí se puede afirmar, en cualquier caso, que ningún indicio positivo nos dice que Ef se haya echado atrás lo más mínimo en el camino de Pablo hacia la doctrina de la Trinidad.